

ARTIGO

LOS EXPATRIADOS CATALANES EN CHILE Y ARGENTINA Y EL UNIVERSO DE LA AYUDA SOLIDARIA HACIA LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

THE CATALAN EXPATRIATES IN CHILE AND ARGENTINA AND THE UNIVERSE OF SOLIDARY HELP TO THE VICTIMS OF THE SPANISH CIVIL WAR

SILVINA JENSEN*

RESUMEN

Este artículo analiza las estrategias solidarias desplegadas por los expatriados catalanes residentes en Chile y en Argentina en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, prestando especial atención a aquellas empresas humanitarias y patrióticas transfronterizas, la cooperación étnica, los aprendizajes estratégicos, las redes familiares y políticas y las articulaciones horizontales en pos de la ayuda. Elementos todos que permiten pensar las diásporas catalanas en Chile y Argentina como un espacio transnacional solidario a ambos lados de la cordillera de los Andes y a través del océano Atlántico.

PALABRAS CLAVE: Expatriación catalana, Chile, Argentina, Guerra civil española, Transnacionalismo solidario.

ABSTRACT

This article analyzes the solidary strategies opened by the Catalan resident expatriates in Chile and in Argentina in the thirties and forties of the last century, paying particular attention to those humanitarian and patriotic cross-border enterprises, the ethnic cooperation, the strategic learnings, the familiar and political networks and the horizontal joints in pursuit of the help. These elements allow to think the catalan diasporas in Chile and Argentina as a transnational solidary space on both sides of the Andes and across the Atlantic Ocean.

KEYWORDS: Catalan expatriation, Argentina, Chile, Spanish civil war, Solidary transnationalism.

Introducción

España vivió la realidad de los exilios mucho antes de la gran estampida pirenaica de enero-febrero de 1939. De hecho, hubo destierros a lo largo de la totalidad de la Guerra Civil (1936-1939), de un signo y del otro (republicanos, pero también monárquicos, políticos de derecha, clérigos, encargados de fábricas y talleres, sectores acomodados de la burguesía industrial y agrícola y personas comprometidas con los insurgentes que salieron entre 1936-1937); y también huidas que se desgajaron en los años 1940 y que fueron consecuencia de la acción terrorista del Estado franquista y sus violencias física, económica, laboral, ideológica y judicial.

No obstante, dada su magnitud, transversalidad social y concentración temporal, el “río de personas” o “marea humana” a la que se refería Antoni Rovira i Virgili¹ y que los franceses denominaron “la retirada”,² concentró no sólo toda la preocupación de las autoridades republicanas y del gobierno galo, sino que fue el principal receptor de la ayuda de diferentes países de América Latina, tanto aquellos que implementaron políticas oficiales para favorecer la inmigración vía expediciones marítimas colectivas (México, Chile), como de los que más allá de la negativa gubernamental, sus sociedades civiles se movilizaron sea para aliviar la situación de los internados en los campos de concentración franceses, sea para conseguir ingresos individuales apelando a vínculos familiares o profesionales.

Este artículo centra su atención en las políticas de ayuda a los exiliados catalanes de la Guerra Civil española, haciendo hincapié en las prácticas solidarias/humanitarias/patrióticas impulsadas por los colectivos étnicos residentes en dos países del Cono Sur de América Latina (Chile y Argentina), que en las lecturas historiográficas más extendidas aparecen como representativos de destinos de destierro muy

diferenciados (exilio organizado, colectivo y asociado a barcos, en el caso de Chile; exilios individuales y en cuentagotas, en el de Argentina).

Consideramos que en el caso de la ayuda a los catalanes que no pudiendo regresar a España en los meses inmediatos al final de la Guerra Civil española, permanecieron como refugiados en Francia o esperando una evacuación hacia América Latina tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial; las comunidades catalanas de Chile y Argentina constituyeron un espacio solidario donde se implementaron estrategias comunes que involucraron desde la creación de comités *ad hoc* para atender la emergencia hasta la definición de ámbitos especializados dentro de las entidades preexistentes. Asimismo, en ambos países, el entramado institucional solidario estuvo inmerso en idénticos debates acerca del sentido de la ayuda y artavesó similares conflictos cuando esa ayuda pretendió ser manipulada políticamente, tanto por los intereses de los partidos que habían integrado el gobierno republicano derrotado y ahora en la diáspora, como por las divisiones ideológicas y las apetencias personales que atravesaban las comunidades catalanas instaladas en América, a las que poco a poco se iban incorporando los huidos de las guerras.

El entramado humanitario catalán en Chile y Argentina: beneficiarios, logística y rol de la prensa étnica durante la Guerra Civil española

El “levantamiento nacional” del 18 de julio y la posterior declaración de guerra de la Junta de Burgos (28/7/1936) al gobierno de la República fueron eventos seguidos de cerca por las entidades de la expatriación catalana de Chile y Argentina. En principio, todas se manifestaron a favor de la legalidad democrática, procurando al mismo tiempo permanecer ajenas a los avatares político-partidarios, y activas en relación a las necesidades del conflicto fratricida.

En Chile, el primer efecto de la guerra sobre las asociaciones étnicas fue la renuncia del presidente del Centre Català de Santiago, Josep Auguet – y de todo el Consejo Directivo –, interpelado por la moción de los socios Jesús Palou y Antoni Pi Company, que reclamaban abandonar la senda de la “obra administrativa”, para que el Centre de Santiago, adhiriendo espiritualmente al honorable Presidente de Cataluña (Lluís Companys), comenzara a desarrollar una obra de auténtica “significación política”.³

En Buenos Aires, tras conocerse el fracaso de los “sublevados”, el Casal Català se alineó con los defensores de la “libertad”. Si bien las actas de la Asamblea del Casal dejan ver que la más joven de las asociaciones catalanas porteñas se comprometió con la “defensa de la Patria” y del “gobierno legítimo de la Generalitat de Cataluña”, algunos de sus socios reclamaron a la directiva un alineamiento más decidido porque la “victoria del fascismo” podía significar “la anulación completa de los ideales de Cataluña”.⁴ Las tensiones al interior del Casal se expresaron en recurrentes denuncias de “tibieza”, “pasividad” y “silencio”, que partían de socios cercanos al catalanismo radical y de activa participación en comités patrióticos. Tal fue el caso de Pere Seras, presidente del Comité Llibertat de Buenos Aires,⁵ que denunció a la directiva del Casal de no estar a la altura de un auténtico “compromiso patriótico”.

Durante el primer año del conflicto civil, Cataluña fue un territorio de retaguardia, por lo que las dos primeras experiencias directas que la sociedad catalana tuvo de la guerra fueron los bombardeos de la aviación nazi sobre Barcelona (marzo 1938) y el creciente arribo de españoles de aquellas zonas que caían bajo el dominio de los “nacionales”. A la participación de los catalanes en el frente de Aragón y en la defensa de Madrid, le siguió la avanzada franquista que logró quebrar el frente aragonés (abril 38) y la ofensiva sobre Valencia con el

apoyo nazi fascista, su aislamiento del resto del territorio republicano (abril 1938) y la batalla del Ebro (26/7/1938-15/11/1938), que dejó sentenciada la suerte de Cataluña. Tras la caída de todas sus capitales, se abrió el camino para la multitudinaria “retirada” a Francia de los gobiernos autonómico y central, el ejército y las milicias y un sinnúmero de civiles, incluidos mujeres, niños y ancianos. Es en este contexto que pueden entenderse las formas de la ayuda de los catalanes de América y también el ritmo de la institucionalización de esa solidaridad expatriada.

Recién tras los primeros meses de 1937, las colonias catalanas de Chile y Argentina comenzaron a pensar en la Guerra Civil en términos de ayuda. Mientras los primeros envíos – a la sazón conjuntos, y desde el puerto de Buenos Aires y hasta el de Marsella, y que congregaron los esfuerzos del Comité Llibertat de Buenos Aires y su filial chilena y del Casal Català de Buenos Aires y del Centre Català de Santiago – datan de marzo de 1937; el ritmo de las expediciones de víveres y medicamentos, la calidad e intensidad de la ayuda y el perfil de sus beneficiarios se fueron transformando conforme la avanzada franquista sobre Cataluña se hacía más severa.

Ressorgiment – la revista decana de los catalanes de Argentina, fundada en 1916 por Hipolit Nadal i Mallo, y vocera del catalanismo radical – se hizo eco de la primera expedición de víveres y ropa impulsada por el Casal Català de Buenos Aires, el Comité Llibertat porteño y su filial santiaguina. En una editorial titulada “Deberes y obligaciones”, *Ressorgiment* señalaba que se trataba de un gesto de valor moral antes que material, destinado a atender los “efectos de las calamidades” que la guerra estaba ocasionando a Cataluña. Con las fuerzas nacionales a las puertas de Zaragoza y Huesca, Cataluña acreditaba un 20% más de población que el 19 de julio de 1936, gente de otros pueblos ibéricos y sobre todo mujeres, niños y ancianos que requerían ayuda. Desde *Ressorgiment* se comenzó a apelar a los

sentimientos de “humanidad”, “simpatía y solidaridad” de los catalanes residentes en Argentina, indicando que no se trataba aún de un auténtico “sacrificio”, pero que éste se podría imponer si la “agresión de los militares españoles y el fascismo internacional” horadaba las fronteras del país, iniciando la “verdadera guerra en Cataluña”.

Por su parte, desde Chile, *Noticiari Català*⁶ (15/4/1937) rescató la iniciativa de los argentinos y en particular la colecta realizada por el Comité Llibertat de Buenos Aires, integrada por “50 cajones con 2400 latas de leche condensada, 150 cajones con 20 mil raciones de carne en conserva, 1 cajón con otros víveres y medicamentos, 35 kilogramos de café y 5 cajones con más de 1600 prendas”. La coordinación de la ayuda a ambos lados de la cordillera quedaba confirmada meses después con un pedido del Comité Llibertat de Santiago de Chile para que los catalanes se suscribieran a *Noticiari Català* y enviaran ese dinero al Delegado de la Generalitat en Buenos Aires, Nadal i Mallol, para que sea aliviada la “aflictiva situación en que se encuentra nuestra Patria, a causa del gran número de refugiados que cada día llegan a Cataluña”.

Mientras las fuerzas nacionales avanzaban, los catalanes de América fueron intensificando la ayuda. En agosto de 1937, *Ressorgiment* anunciaba que el Casal y el Comité Llibertat de Buenos Aires preparaban otro envío de víveres y ropa para las “víctimas catalanas de la guerra”. Y señalaba que era necesario proyectar otra expedición de cara a aliviar la situación de los “huérfanos catalanes” y de los “refugiados peninsulares” en Cataluña ante la “inminente llegada del invierno”. En marzo de 1938, la revista decana de los catalanes porteños explicaba que si bien no con el ritmo que el “drama” de las “víctimas inocentes del fascismo” lo ameritaba, la ayuda a los “catalanes que combaten o sufren en la retaguardia de esta estúpida guerra,” continuaba. También se congratulaba de que los catalanes de Chile, Paraguay, Bolivia, Rosario y Buenos Aires se unieran no sólo al envío de alimentos (*corned beef*, leche

condensada, harina, azúcar, carne de cerdo, chocolatinas), sino también de medicamentos, equipo médico, ropa, gorros, frazadas, bolsas de goma, calzado, algodón hidrófilo, libros, revistas y hasta una ambulancia.⁷ Desde Argentina se impuso además el envío de trigo. A finales de 1938, el Comité Llibertat de Buenos Aires anunció que había partido una expedición en el buque *Mont Everest* que transportaba entre 40 y 50 toneladas de cereal, fruto del compromiso de los catalanes de la zona de Arrecifes, provincia de Buenos Aires.

La creciente implicación de los expatriados catalanes en la ayuda a las víctimas producidas por el avance de las fuerzas nacionales sobre el territorio gobernado por la Generalitat, implicó una diversificación en los destinatarios y en las formas de ayuda. En principio, como vimos, se atendió la situación de los desplazados desde otras regiones de España. Se sumaron luego los sectores más vulnerables de la sociedad: niños (huérfanos, desplazados o con hogares destruidos por los bombardeos), ancianos y mujeres que vivían cada vez una situación de mayor estrechez material y zozobra emocional, y finalmente los heridos y enfermos. Tiempo después se vio la necesidad de reforzar la ayuda a la retaguardia porque faltaba comida, y miles de ancianos, mujeres y niños se encontraban en la más completa desnutrición.

La ofensiva sobre Valencia y las alternativas de la batalla del Ebro hicieron evidente que la ayuda era insuficiente. Hospitales, asilos de refugiados, guarderías, entidades de beneficencia y colonias de infantes parecían ser los núcleos prioritarios, pero preocupaba la salud de la población civil en general y de las familias de los combatientes en particular. A mediados de 1938, el Centre Català de Rosario recibió varios pedidos de ayuda de víveres y ropa para los refugiados de las provincias de Tarragona y Lleida. La ayuda a los hermanos desalojados de su suelo por la “invasión extranjera” comprometía especialmente a los socios y no socios oriundos de esas provincias catalanas y residentes en

Rosario. El Centre actuó como intermediario entre los pedidos que realizaban la Agrupació de Catalans d'Amèrica o el Centre Comarcal Lleidetá-Barcelona y los connacionales residentes en Rosario y cercanías.⁸ A finales del año 1938, surgieron desde el Cono Sur iniciativas para solventar la situación de los intelectuales catalanes. El Casal Català de Buenos Aires promovió una política de envío mensual de 4 cajas de víveres, que serían repartidos según los “méritos” de los beneficiarios y a consideración de los informes de la Generalitat.

Durante la guerra civil, tanto Chile como Argentina registraron un proceso común de institucionalización de la ayuda y, en ambos casos, se vivió un proceso de atomización de la solidaridad.

En el país trasandino, durante la segunda mitad de 1937, se formaron las principales entidades que articularon la corriente humanitaria hacia Cataluña. Por un lado, desde el Centre Català —y en medio de un agrio conflicto interno que derivó en la renuncia de la directiva y su recambio por otra presidida por Claudi Más i Perera (1936-1941) y mientras se discutía en qué medida y cómo debía posicionarse una entidad de tipo sociocultural frente a la Guerra Civil —, se creó la Comissió Patriòtica. Según el presidente del Centre, era necesario superar las disputas que habían paralizado⁹ la ayuda humanitaria, porque era imposible mantenerse al margen de la “terrible lucha de nuestra tierra”. Las dramáticas circunstancias obligaban al Centre a avanzar en el compromiso humanitario, sin quebrantar los estatutos, pero superándolos en aquellas disposiciones egoístas y anacrónicas. De cara a recaudar dinero, entre el 31 de agosto y el 26 de septiembre de 1937, la Comissió Patriòtica preparó una tómbola cada sábado y domingo, cuya recaudación fue enviada a Cataluña para atender las necesidades de las víctimas inocentes de la retaguardia. Asimismo, organizó diversos festivales en los salones del Centre que servían para recoger dinero para los que la revista *Germanor* (marzo 1938) calificaba de “héroes que luchan

por la libertad de la Patria”. En todas las ocasiones, el dinero era enviado a través del Casal Català de Buenos Aires, para que la Generalitat lo repartiera entre los niños refugiados y los hospitales, o atendiendo a los grupos que considerara más necesitados.

El 9 de noviembre de 1937 se formaba en Santiago la Agrupación Patriótica Catalana (APC).¹⁰ Surgida en una coyuntura de alta conflictividad interna en el Centre, la APC vino a funcionar como un espacio más claramente político – aunque declaraba ser ajeno a toda tendencia política partidaria – donde expresar lo que una entidad sociocultural y recreativa no podía hacer, so pena de fuertes tensiones. La APC se proyectó como extensión de los que luchaban en el frente de batalla en el bando republicano, y como instrumento para hacer obra catalanista en el terreno moral, económico y cultural. En tal sentido, uno de sus objetivos fundamentales fue el envío de ayuda a los hermanos de la Patria afectados por la tragedia de la Guerra Civil.

Conforme avanzaba el conflicto fratricida, los envíos colectivos fueron aumentando. En julio de 1938, la directiva de la APC reconocía los esfuerzos morales y prácticos realizados por las comunidades catalanas de Valdivia, Osorno, Concepción, Temuco, Cauquenes, Linares, Chillán, Talca, Curicó, Rancagua, Coquimbo, Iquique y Antofagasta. Destacaba por entonces el envío de 1.200 sacos de alubias consignadas a nombre de la Generalitat para ser repartidas entre los más necesitados. Tras la debacle final, la APC solicitó un esfuerzo supremo a los catalanes de Chile para ayudar a los compatriotas que pudieron atravesar la frontera pirenaica en el invierno del 1939.

En Buenos Aires, las entidades culturales decanas (Centre Català y Casal Català) expresaron dos formas de entender la solidaridad. En la primera, y como expresión de los coqueteos de parte de su directiva con el bando nacional, se definió una política activa de solidaridad con niños, huérfanos, mujeres y afectados por la Guerra Civil, que se tradujo en el

reparto de víveres y vestido para los “catalanes residentes en las dos zonas”.¹¹ De hecho, este “humanitarismo amplio” fue rechazado por parte de sus asociados que veían que esa solidaridad sin distinción de bandos no podía entenderse como una simple adecuación a los estatutos y que, en cambio, era coherente con la decisión de la directiva de dar cabida en la sede social a un banquete con motivo de la “liberación de Cataluña” en enero de 1939¹² o con su aceptación a la invitación de la delegación de la Falange de Chascomús a la fiesta por la “paz de España”.¹³

En este contexto, la ayuda más constante a la Cataluña republicana provino tanto del Casal Català como del Comité Llibertat. Esta bicefalía de la ayuda republicana en Buenos Aires expresaba de alguna forma la existencia de tensiones y conflictos. Entre 1937 y 1938, se sucedieron desde algunos sectores de la expatriación catalana porteña, pedidos de una unidad organizativa, que superando “personalismos”, “exageraciones” y “escándalos” marchara sin fisuras a la ayuda solidaria del “gobierno de la Generalitat, la República española y el ejército para ganar la guerra”.¹⁴ Desde otros sectores en cambio se multiplicaron las demandas de no sepultar detrás del humanitarismo, las diferencias a la hora de entender el “problema catalán”. El director de *Ressorgiment* advertía que en el futuro había que tener más cuidado cuando se adhería a actos en la Embajada de España. Si bien los bombardeos criminales fascistas no podían dejar al Casal ajeno a la “cruzada liberadora” contra los franquistas, era importante que el humanitarismo no implicara una renuncia a la defensa de lo “propio”.¹⁵

Los conflictos al interior del Casal y entre el Casal y el Comité Llibertat no fueron ajenos a la actuación de ciertas figuras en ambos espacios (Hipòlit Nadal i Mallol, Pere Seras, etc.), a la existencia de instituciones con perfiles diferentes –espacio socio-cultural (Casal) y espacio político-patriótico (Comité) –, y a las maneras muy diversas de

entender la catalanidad, la relación entre Cataluña y España, de ser un catalán de América y de posicionarse frente a los avatares de la Guerra Civil. Cuestiones todas que atravesaron el dispositivo humanitario articulado en Argentina para atender a los hermanos en guerra.

Esas disputas que no fueron óbice para que ambas entidades continuaran realizando envíos individualizados pero en forma conjunta, terminaron con la mudanza del Comité Llibertat desde la sede social del Casal en Maipú 28 a Pascó 58. En mayo de 1939, *Ressorgiment* anunció que como cabeza de una federación de entidades defensoras de los derechos de Cataluña, el Comité Llibertat cambiaba sus oficinas, pero continuaba con las tareas patrióticas y humanitarias que venían desarrollando a favor de las víctimas de la guerra. Asimismo, reconocía que buena parte de la ayuda la canalizaba el Costurero Femenino del Comité, que enviaba periódicamente a Cataluña los equipos de ropa que confeccionaban los sábados las mujeres de los socios.

La refuncionalización de las asociaciones para hacer más eficaz la ayuda siguió el derrotero de los avatares del conflicto fratricida. Desde mediados/fines de 1938, el Casal de Buenos Aires organizó una sección especial, la *Comissió d'Ajut a Catalunya*, para recoger, almacenar y enviar víveres, ropa y medicamentos en forma periódica.

Las vías exploradas por las comunidades de Chile y Argentina para concretar la ayuda para los damnificados por la guerra en Cataluña fueron similares. En principio, en ambos países, el gobierno de la Generalitat nombró representantes (en Buenos Aires desde 1938 ocupaba el cargo Nadal i Mallol, designado por el Conseller de Cultura, Carles Pi Sunyer). En Chile, el cargo lo desempeñaba Frederic Margarit. En segundo lugar, cada una de las entidades (APC de Chile, Comité Llibertat y Casal Català de Buenos Aires) tuvo a lo largo de la guerra nexos aceptados con el gobierno de la Generalitat. Por caso con el *Comissariat de Propaganda*, que informaba sobre los avatares del

conflicto y aportaba noticias sobre la situación de los familiares de los catalanes de América y distribuía el boletín de la Agrupació dels Catalans d'América – creada en 1936 en Cataluña por antiguos residentes americanos retornados, que en tiempos de conflicto se transformaron en puentes privilegiados para concretar la ayuda. Asimismo, las entidades de Chile y Argentina actuaron de forma coordinada con la Consellería de Sanitat i Assistència Infantil, de la que dependían las colonias apadrinadas por el Casal o el Comité Llibertat de Buenos Aires. Mientras el Comité colaboraba con una colonia en el Montseny, el Casal lo hacía con otra en Torrentbó. La directora de Asistencia Infantil de la Generalitat, María Solá de Sellarés, explicaba que gracias a la ayuda americana, muchos huérfanos de comarcas lleidetanas y tarragoninas habían mejorado su régimen alimenticio, incluyendo en su dieta, leche, sopa, pasta, legumbre, carne, bacalao y chocolate.

Para la transformación del impulso solidario en ayuda concreta debían superarse varias inconvenientes y debían ponerse en funcionamiento varios engranajes.

En primer lugar, hacer de la propaganda un instrumento de sensibilización de connacionales que residían a miles de kilómetros del epicentro del conflicto. En esta fase, las publicaciones de la colonia desplegaron un papel central, sea dando un lugar sistemático al tema en sus editoriales (que buscaban que fueran replicadas en todo el mundo o al menos en las publicaciones catalanas de otros países) o en las noticias sobre Cataluña; sea reproduciendo los textos de las campañas o los sellos solidarios elaborados por el gobierno republicano o por las propias entidades de América; sea dando publicidad a acciones dignas de imitación¹⁶ o reproduciendo cartas de profundo dramatismo de las propias víctimas;¹⁷ sea iniciando campañas de suscripción de prensa o de socios para las entidades preexistentes o vendiendo rifas y bonos solidarios.

La propaganda tenía dos propósitos. Por un lado, sensibilizar a los propios y, por el otro, horadar la campaña de difamación que desde la diplomacia nacional y desde sectores reaccionarios o desde las derechas vernáculas se difundía en los medios de comunicación de los países del Cono Sur. Desde Chile, la colonia trabajó para desactivar la “campaña insidiosa” que tildaba a los exiliados del *Winnipeg* de “comunistas”, “terroristas”, “asesinos”, “criminales”, “ladrones” y “miserables”.¹⁸

Cuando la derrota republicana fue un hecho y el tema de los refugiados alcanzó dimensiones de tragedia colectiva, ampliar el círculo de la solidaridad fue un imperativo. Ya a finales de 1938, el independentista Comité Llibertat de Buenos Aires anunció la próxima publicación de un periódico en castellano, *Nación Catalana*. Con esta iniciativa, el Comité pretendía hacer más eficaz su prédica y que su voz fuera escuchada en toda la Argentina, entre los catalanes del campo y en otros países de América.

Asimismo se vio que era necesario ensayar estrategias novedosas para implicar a un número mayor de personas. Donativos espontáneos de mercaderías, ropa usada, calzado o dinero no eran suficientes. Así cuando la guerra afectaba de pleno a Cataluña se multiplicaron las iniciativas: venta de sellos, tickets, rifas y bonos, como los de leche condensada; creación de carnets de cooperación con los “hermanos que viven las privaciones y los horrores de la guerra”; estímulo al padrinazgo para catalanes de la retaguardia “anónimos”(sin parientes en la Argentina); organización de cenas benéficas, conciertos y funciones teatrales y venta solidaria de pinturas de artistas de la colonia.

Finalmente, había que resolver el envío de lo recaudado para que llegara en tiempo y forma a manos de sus auténticos beneficiarios. Al principio, las rutas no estaban probadas y los reclamos por el extravío o la demora de los envíos se sucedían. Bastante tempranamente, en

Argentina se organizaron dos tipos de envíos: 1. las ayudas familiares, cajones de 20 kilogramos de 20 y 30 \$ según el tipo de mercaderías; y 2. envíos colectivos remitidos a la Generalitat para la posterior distribución de alimentos, ropa o medicamentos entre los más necesitados. A finales de 1938, el Casal Català de Buenos Aires solicitaba al Presidente la Generalitat que entregara los víveres enviados a diferentes instituciones, a saber: la Maternitat de Barcelona, la Associació Protectora de Ensenyança Catalana de la Garriga y el Comissariat de Refugiats de la zona lleidetana, que como explicaba la revista *Ressorgiment* (noviembre 1938) estaba “invadida por los facciosos”. En Chile, también existían estos mismos tipos de envíos. *Germanor* (julio 1938) explicaba que los envíos a familiares de catalanes de Chile residentes en la península eran individuales, esto es, figuraba el nombre de la familia que lo remitía. En cambio los envíos colectivos eran los salían con el sello de la Agrupació Patriòtica Catalana y eran remitidos al gobierno catalán.

La magnitud de la tragedia obligó a discutir la forma de abaratar costos y agilizar los envíos. Así, desde finales de 1938, comenzaron a usarse puertos franceses y desde allí se ingresaba la ayuda a Cataluña. Desde Argentina, el Casal y el Comité decidieron usar *Transportes Marítimos Express París*, empresa que cuidaba los embarques de la Junta de Proveïments de Barcelona y que aseguraba que en un plazo no mayor a 20 ó 30 días, las cajas estaban en manos de sus destinatarios. Desde Chile, también se usaba el servicio ultrarrápido y por correo postal para víveres y tabaco. Tras la caída del frente catalán, el Comité Llibertat de Buenos Aires difundió entre sus connacionales, un nuevo servicio especial de traslado por avión – rápido, seguro y económico – de dinero a los refugiados catalanes del mediodía francés.

El entramado humanitario catalán en Chile y Argentina: beneficiarios, logística y rol de la prensa étnica durante la posguerra civil y la Segunda Guerra Mundial

Tras la caída de Cataluña, Argentina y Chile registraron antes que la organización de un nuevo entramado institucional para la ayuda – que no obstante registró pequeñas reestructuraciones –, una redefinición de los destinatarios y de las formas de esa solidaridad.

En Chile, el Centre Català y la APC continuaron hegemonizando la asistencia material a los damnificados por la Guerra Civil. Al interior del Centre, por un lado se reforzó el presupuesto de la sección de Auxilis Mutuals – que a finales de los años 1940 pasó a llamarse Mutual Catalana – para la atención de los exiliados que iban llegando al país. Y, por otro lado, bajo la presidencia de Pere Mir Tauler (1946/1947), se creó el Comité Femení d’Ajuts als Exiliats, encargado de reunir la ayuda recibida desde el interior de Chile (Concepción, Osorno, Temuco, Valdivia) y distribuirla entre los compatriotas refugiados en Francia.

Por su parte, la APC en sus inestables relaciones con el Centre Català, ratificó su doble perfil patriótico y de defensa del buen nombre de la Cataluña amenazada por la diplomacia franquista; y humanitario, o sea de asistencia a los que *Germanor* (septiembre de 1939) llamaba “hermanos que sufrían las angustias y privaciones de la guerra”. Tras la derrota republicana, la APC se brindó también a los “emigrados políticos”, sea en el alivio de la penuria en los campos de concentración franceses, sea en la reemigración a terceros países más acogedores, sea en su ingreso e instalación en Chile. En este contexto, el Centre y la APC desempeñaron un papel preponderante en la recepción e instalación del primer contingente¹⁹ de catalanes evacuados de campos de concentración franceses y que llegaron a bordo del *Winnipeg* el 3 de septiembre de 1939 al puerto de Valparaíso.²⁰ Si bien ambas instituciones trabajaron en forma coordinada con el Comité Chileno de Ayuda a los

Refugiados Españoles,²¹ y a su vez, este Comité recibió el aporte de innumerables asociaciones de la región –Junta Feminista de Coronel Dorrego (Argentina), Comité de Ayuda al Pueblo Español y Defensa de la Democracia de Montevideo, Casal Català de Bs As, Federación (argentina) de Organizaciones de Ayuda a la República (FOARE) –; su compromiso con los centenares de catalanes llegados al país justo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial fue muy significativo. Desde antes del desembarco del *Winnipeg* y apenas llegada la expedición a Arica, el Centre envió un representante (Manuel Pujades) que intentó dar solución a los problemas legales, de aduana, sanitarios, de alojamiento inicial y hasta de trabajo, confeccionando listados que discriminaban la ocupación/profesión de cada pasajero. Al llegar el barco a Valparaíso, estaba previsto el traslado hasta la capital de aquellos exiliados que no tuvieran familiares en el país. A continuación el Centre Català y la APC organizaron una recepción y más tarde los condujeron a sus alojamientos temporarios. En los días subsiguientes, el Centre se convirtió en una especie de agencia de empleo, al tiempo que procuraba resolver cuestiones básicas como el vestido (sección sastrería y zapatería que arreglaba la ropa de los más necesitados), la atención médica gratuita (a cargo de un recién llegado, Miquel Cunillera, pasajero del *Winnipeg*) y el cuidado de las refugiadas embarazadas (por ofrecimiento de catalanes residentes que dispusieron su atención gratuita en el Pensionat i Maternitat Carolina Freire de Santiago).

También los intelectuales fueron receptores de ayuda durante la inmediata posguerra civil. El Centre Català y la APC de Santiago de Chile explicaban que su empeño por ayudar a poetas, escritores, profesores y artistas catalanes se había traducido, por un lado, en el intento de mejorar sus condiciones de vida en Francia; y, por el otro, y conforme la situación europea empeoraba y se temía la invasión nazi de Francia, en la presión sobre el gobierno chileno para que permitiera su ingreso al país.

En el número de marzo-mayo de 1939, *Germanor* comunicaba que en Roissy en Brie, los intelectuales franceses habían conseguido que el gobierno abriera una residencia temporal para 40 intelectuales, 20 castellanos y 20 catalanes, entre los que se encontraban Pere Calders, Mercé Rodoreda, César A. Jordana, Xavier Benguerel, Doménech Guansé, Oliver y Francesc Trabal. Sintomáticamente, meses después y pese a los obstáculos para su entrada por considerarlos “un lastre inútil para el progreso material del país”, Chile recibía a parte del grupo de Roissy en Brie, que tras desembarcar en Buenos Aires, viajó en tren hasta Santiago de Chile, para pronto incorporarse a la redacción de *Germanor*.²²

La acción solidaria desde Chile adoptó otras dos formas durante la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, la preocupación por alertar y/o rescatar a connacionales en peligro de caer en manos franquistas o nazi-fascistas. Por el otro, el sostén material a la resistencia antifranquista. Mientras la primera de estas iniciativas convocó al Centre y la APC que señalaron que figuras como Josep Tarradellas (diputado del Parlament, Conseller de Governació y Finances de la Generalitat), Eduard Ragassol (magistrado de la Audiencia de Barcelona y diputado por Acció Catalana en el Congreso) o Ventura Gassol (amigo de Francesc Maciá, diputado en Cortes Constituyentes, en el Parlament y Conseller de Cultura), debían estar en el eje de la preocupación de los catalanes de América porque sus vidas o su libertad estaban en peligro por la “voracidad franquista” y la acción de la Gestapo en Francia (*Germanor*, agost 1941); la segunda fue promovida por un grupo concreto de catalanes, los comunistas nucleados en la revista *Retorn* (Pere Xargayo, Ramón Sanromá). Este sector que seguía a Joan Comorera criticaba el débil compromiso del Centre y la APC chilenos en la ayuda a Cataluña, ayuda que para finales de la Segunda Guerra Mundial, reclamaba también apoyar a la resistencia antifranquista en España.

En Argentina, entre la debacle del frente catalán en las postrimerías de la Guerra Civil española y el triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial, el Casal Català y el Comité Llibertat continuaron siendo los pilares de la ayuda a los afectados por las guerras.

Al menos hasta finales de 1939 y mientras el ejército nazi se encargaban del frente oriental, los catalanes de Buenos Aires intentaron continuar con la ayuda a los derrotados del bando republicano, ahora en Francia y en su mayoría en los campos de internamiento ubicados en el mediodía de ese país. En vísperas de la gran estampida, el Casal Català de Buenos Aires logró embarcar en el buque *Alsina*, 600 cajones de víveres para particulares residentes en Cataluña, así como ropa usada para aliviar la situación de la guerra y del invierno. El 15 de enero de 1939, el Casal de Buenos Aires libró una nueva expedición en el vapor *Campaña*. Sin embargo, las dificultades para que estos envíos llegaran a destino no se hicieron esperar. Días después recibían la noticia de su incautación por las autoridades francesas. Entonces, el Comité Llibertat inauguró una nueva estrategia de ayuda y eligió envíos de pequeñas cantidades de dinero para los refugiados instalados en Francia a través de la delegación del Rosselló. Así, pese a las restricciones que imponía el conflicto bélico mundial seguían partiendo expediciones de víveres desde Latinoamérica, como la del *Mendoza* que salió del puerto de Buenos Aires el 1º de agosto de 1939 con destino a Francia.

Por entonces, la preocupación del Comité Llibertat de Buenos Aires eran principalmente los niños de la guerra y los miles de compatriotas reclusos en los campos de internamiento. Desde Buenos Aires intentaron seguir acompañando el proyecto de ayuda a los niños catalanes que por acción de la dirección de Asistencia Social de la Generalitat habían sido trasladados a Francia. Esta iniciativa era funcional al proyecto patriótico del Comité que no claudicaba en su lucha por la absoluta independencia de Cataluña y por el reconocimiento

de su personalidad nacional, el total hundimiento de los regímenes despóticos y el triunfo de la Libertad, la Democracia y el Trabajo. Desde los primeros meses de “la retirada” y en atención al nuevo sujeto de la ayuda, el Comité de Buenos Aires desarrolló un servicio tendiente a contactar a los catalanes de Argentina con familiares y amigos que pudieran estar alojados en los campos de internamiento franceses. A principios de los años 1940 y sobre todo tras la ofensiva alemana (mayo), la firma del armisticio franco-germano y la división entre la zona ocupada y el régimen de Vichy controlado por el mariscal Petain, el Comité comenzó a hacer gestiones para facilitar el ingreso al país de catalanes de los campos con familiares en la Argentina. El Comité conocía la política migratoria oficial contraria a la recepción de contingentes de republicanos, pero también era consciente de que la vía familiar era una de las formas de eludir los controles. La urgencia de la situación francesa, la ocupación nazi de los Países Bajos y el ritmo de avance de las potencias del Eje sobre las naciones aliadas, imponía explorar otras vías para la solidaridad. Entonces, el Comité llamó a los catalanes de Argentina a acercarse a la sede social para encaminar el proceso de ingresos individuales apelando a lazos de sangre y vía cartas de llamada.

Si los desplazados internos, las víctimas civiles y especialmente niños, mujeres, ancianos y enfermos habían concentrado la acción humanitaria en la Guerra Civil española, tras la ocupación franquista de Cataluña y dada las restricciones al ingreso de exiliados a la Argentina; los refugiados de los campos se convirtieron también en la prioridad del Casal de Buenos Aires y de su publicación oficiosa (la revista *Catalunya*).

La experiencia de los campos fue glosada repetidamente en la prensa étnica. La gran mayoría de los cronistas²³ resaltaron las calamidades que allí se vivían: hambre, frío, piojos, enfermedades, acoso de los guardias senegaleses y presión oficial para la reemigración a

España. Ramón Escarrá, editorialista de *Catalunya* (marzo 1939) calificaba la situación de los “fugitivos catalanes en los campos” como “revulsiva para cualquiera que tenga sentimientos de solidaridad humana y de compasión”. Era también una “lección” para quienes habían admirado la “espiritualidad francesa”, a la Francia democrática y su Frente Popular. Lastimosamente, ni en la sociedad francesa, ni en los países democráticos se alzaban voces para denunciar la situación de los refugiados catalanes. Si bien Escarrá reconocía que los campos surgieron de la “emergencia”, señalaba que habían copiado de sus inventores los nazis, la “tortura y la inhospitalidad”.

Más allá de los catalanes de los campos, otros cientos de miles poblaban campiña, ciudades o pueblos del sur de Francia, atravesando situaciones de fuerte estrechez material, pese a que algunos – como explicaba Antoni Rovira i Virgili – contaban con familiares o amigos y se beneficiaron de los lazos históricos entre la Occitania (Galia del Sur) y Cataluña. Si como explicaba Lleó Pisá desde su exilio en Perpignán a los lectores de *Ressorgiment* (mayo 1939), los occitanos habían sido muy acogedores y no pocos amigos de Tolouse, Montpellier o Narbone habían aportado viviendas particulares, los miles de catalanes que seguían llegando, no tenían más destino que los campos de concentración, porque no quedaban hospedajes y la mayoría carecía de lo más elemental para comer.

La dimensión del drama de los catalanes en Francia obligó al Casal de Buenos Aires a reestructurar su Comissió d’ Ajut a Catalunya. Sus nuevos integrantes (presidente Lluís Ros i Segura (colaborador de *Catalunya*), secretario Ricard Juvé, tesorero Remigi Servent, vocales Francesc Colomer, J. Martí Ferrán, Andreu Sabaté (h), Miguel Fernández, Albert Quintana y Fermí Folguera) parecían ser garantía de que la ayuda frente al drama humanitario (300.000 catalanes en la intemperie) podría multiplicarse. Sin embargo, la ocupación de Francia y

la mundialización del conflicto con todas las dificultades que impuso a las comunicaciones (áreas, marítimas, de correo postal, etc.) determinaron a partir de 1940 y hasta el triunfo aliado, que la cuestión de los refugiados dejara de ser una alternativa viable para la expatriación catalana de la Argentina.

Ya desde tiempos de la huida desordenada a Francia y atendiendo al caos y la dispersión del pueblo catalán derrotado, desde la colonia argentina se apostó por ayudar al encuentro de las familias desperdigadas desde la información. *Ressorgiment* promovió la elaboración de un boletín a ser distribuido entre los refugiados de los campos para mantenerlos informados de las alternativas de la ayuda gubernamental o no gubernamental y de los reclamos de sus familiares en América. Asimismo, la revista de Nadal i Mallol propuso la confección de un censo de los catalanes en los campos, tarea que poco a poco podían ir cumplimentando las entidades de América conforme recibían cartas de refugiados. De hecho, tanto el Casal como el Comité de Buenos Aires publicaban en las revistas de la colectividad o en listas a disposición en los locales sociales, los nombres de los catalanes de Francia que buscaban contactar con alguien en la Argentina.

Los legados de la Guerra Civil española continuaron ocupando el tiempo de las entidades argentinas a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, el Casal y el Comité procuraron sumarse a los esfuerzos de países abiertos a la recepción de los exiliados republicanos (Chile, por ejemplo); sea mediante envío de dinero, sea ayudando al paso de catalanes por Argentina hacia sus destinos definitivos (caso de los escritores de Roissy en Brie). Pero también trabajaron para utilizar los resquicios que la legislación migratoria argentina dejaba;²⁴ apurando reemigraciones a la Argentina desde terceros países. Tales fueron los casos de César Jordana del grupo de Roissy en Brie; o de Ernst Coromines, escritor y político republicano y catalanista o de Joan Merli,

crítico de arte, ambos pasajeros del *Winnipeg* que entraron a la Argentina desde Chile. Asimismo, impulsaron ingresos al país apelando a lazos familiares o contratos profesionales que permitían vulnerar el cerco gubernamental hacia los “rojos” españoles.²⁵

Por otro lado, los catalanes de Buenos Aires y en concreto un grupo ligado a la revista *Catalunya*, fundó en mayo de 1939, la Agrupació d' Ajut a la Cultura Catalana (AACC), representada en Chile por el Centre Català de Santiago. Esta iniciativa de Ramón Girona Ribera, director de *Catalunya*, acompañado por Francesc Colomer, Xavier Cortada, Martí Gimeno, Artur Meyer y Jaume Pahissa, auxilió a intelectuales y artistas exiliados en países de América y/o reclusos en campos de concentración franceses, publicando algunos libros, traduciendo otros o sosteniendo económicamente a sus autores. La ayuda a los intelectuales era respuesta al intento franquista de aniquilar la cultura catalana, desde la prohibición a la edición en su lengua propia y la persecución a las figuras más representativas o a su sometimiento a un estado de indefensión material. En diciembre de 1939, *Catalunya* anunció la publicación del primer libro financiado por la AACC, “Sense retorn” de Xavier Benguerel. El compromiso de la revista con los escritores refugiados (por caso el grupo de Roissy en Brie) se expresó también en su incorporación como colaboradores habituales.

Desde septiembre de 1940 y mientras las dos entidades nucleares de los catalanes de Buenos Aires (Centre y Casal) marchaban hacia la unidad, viejos residentes como Josep Escolá, Joan Llorens i Bassa e Hipòlit Nadal i Mallol, y exiliados o “recién llegados” al país como Manuel Serra i Moret, Pere Mas i Perera, Artur Meyer, Jaume Pahissa y Pelai Sala impulsaron la creación de la Comunitat Catalana de la República Argentina (CC), como gran paraguas que reuniendo asociaciones mutuales, culturales, patrióticas y publicaciones preexistentes, pretendía actuar como la representación unitaria de los

catalanes democráticos y dispuestos a luchar por la recuperación íntegra de la personalidad de Cataluña. Desde entonces, también desde la CC se impulsaron acciones patrióticas que incluyeron la solidaridad con las víctimas de la Guerra Civil española exiliadas en Francia. Cuando la acción solidaria concreta parecía casi imposible por las alternativas de la Segunda Guerra Mundial, la Comunitat Catalana de Argentina reforzó su rol de agitadora internacional sobre la grave situación de los “hermanos que procuran salvar sus vidas en los campos franceses y alemanes”. Tras el ataque japonés a los EEUU, la CC se dirigió al embajador norteamericano en Buenos Aires, Norman Armour, manifestando la adhesión de los catalanes a la causa de las democracias y ratificando que si los catalanes no estuvieran cautivos en los campos, Cataluña tendría una división de soldados de la Libertad como la tuvieron en la guerra de 1914.

La articulación de la CC de Argentina había sido el epílogo de una iniciativa temprana de crear una Federación de entidades de los catalanes de Sud América (mayo 1939), que a propuesta del Casal Català planteó la constitución de un órgano que representara a Cataluña en el exterior con función de propaganda, irradiación y expansión de la cultura, pero que primeramente, encarara la urgente ayuda a los que sufrían en Francia en campos infames, llamados de concentración, para su restitución a la vida normal. Esa Unió de Entitats per l’Ajut a Catalunya vio la luz en septiembre de 1939 en Buenos Aires y pretendió articular regionalmente a entidades de toda la Argentina, Uruguay y Paraguay. Su consejo directivo quedó integrado por el Casal Català, el Comité Llibertat, la Associació Protectora de Ensenyança Catalana y otras entidades adheridas.

En abril de 1946, *L’Emigrant*²⁶ de Santiago de Chile reproducía un documento enviado por la filial parisina del Unitarian Service Committee a la sede de Boston, en el que se describía la situación de los

15.000 españoles que sobrevivían en Francia tras 10 años de conflicto, sufriendo un sinnúmero de penurias producto del “hambre, el internamiento y las persecuciones”. Tras la derrota republicana de la Guerra Civil, cientos de miles de españoles habían entrado en Francia, donde fueron reclusos en campos de concentración. Bajo el régimen de Vichy, ingresaron a Compañías de Trabajadores y poco más tarde los alemanes los obligaron a incorporarse a la Organización TODT como mano de obra esclava en la producción de material bélico. Otros muchos fueron deportados a campos como Mauthausen o Buchhenwald. Los que lograron huir se incorporaron a la resistencia francesa, “pagando su heroísmo con muertos y heridos”. Entre los grupos de afectados, el Unitarian Service listaba a niños (huérfanos de un progenitor o de ambos o con padres encarcelados que no podían enviarles ayuda), inválidos (mutilados, ciegos, ex combatientes con invalidez total y enfermos con capacidad laboral reducida), tuberculosos (algunos residiendo con sus familias y otros en hospitales y la mayoría esperando simplemente la muerte por falta de atención médica y alimentos), familias desamparadas (con el jefe de familia muerto en la guerra civil o en los campos alemanes y donde la madre no tenía un trabajo que permitiera sostener a sus varios hijos), deportados (9.000 repatriados de Alemania y Austria, sobrevivientes de los 21.000 españoles trasladados y que murieron en las cámaras de gas, por el hambre o las torturas).

De hecho cuando la Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin y las comunicaciones permitieron tomar cabal dimensión del drama que habían seguido viviendo los catalanes de Francia, las comunidades del Cono Sur volvieron a aceptar sus mecanismos solidarios. Las primeras iniciativas se localizaron en México. Como explicaba el editor de *Noticiari Català* (1/6/1945), el Orfeó Català de la capital azteca había convocado a los viejos residentes económica y moralmente solventes, dando origen al Comité d’Ajut a Catalans Exiliats a França, con fuerte protagonismo

femenino.²⁷ Para la segunda mitad del año 1945, este Comité mexicano había comenzado a enviar alimentos, paquetes de ropa, jabón y sacos de café a los compatriotas del país galo.

Si bien había una aspiración de concentrar la ayuda para su más eficaz distribución –sobre todo atendiendo a las dificultades que tenían algunos países para hacer llegar sus paquetes, tanto por su posición geográfica y su lejanía de Nueva York, desde donde un envío tardaba apenas 48 horas; como por las complicadas disposiciones aduaneras de ciertos Estados, por caso Argentina –, México no logró monopolizar los esfuerzos humanitarios.

En Santiago de Chile, a principios de 1946, el Centre Català dio forma a un Comité d’Ajut a Catalunya, estructurado en tres comisiones (organización, propaganda y recepción), con amplias redes en el interior del país (Antofagasta, Valparaíso, Temuco, Osorno, Valdivia) y la región (Argentina, Uruguay), pero también Colombia, México, Cuba y Nueva York y que actuaba en coordinación con el recientemente formado gobierno de la Generalitat en París.²⁸

Su labor fue intensa. En los seis primeros meses, despachó 8 expediciones, resultantes de campañas de sensibilización dentro de la colonia catalana residente en Chile. Entre sus tareas figuraban la recolección y clasificación de los donativos (sopa, ropa, calzado, medicamentos, etc.); la elaboración de listas en función de las peticiones resultantes de la campaña en la prensa francesa y tras el arribo de miles de cartas al país trasandino; la selección de los destinatarios en función de la urgencia (mutilados, enfermos que no podían trabajar, embarazadas) y no del color político; el prolijo registro de los envíos dirigidos a la Secretaría de la Presidencia de la Generalitat en Francia, y el transporte terrestre de lo recolectado hasta el puerto de Valparaíso.

En paralelo al Comité d’Ajut del Centre Català, militantes de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) de Santiago, crearon el

Patronat d’Ajut als Patriotes Catalans, que concentró su atención en el sostenimiento económico del gobierno catalán en el exilio.

Es importante recordar que aunque el Comité del Centre coordinaba con el gobierno de la Generalitat – que solía indicar a quienes dirigir los envíos o conducía la logística de las expediciones –, la aparición de varios comités en la capital trasandina no habla sino de los conflictos al interior de la colonia expatriada. Si bien, el Patronat apuntaba a recoger dinero para la tarea política cotidiana del gobierno en el exilio, éste surgió también para coordinar la distribución de la ayuda humanitaria que llegaba desde América entre los compatriotas en situación desfavorable en Francia. De hecho, en reiteradas oportunidades, se alzaron voces desde el Cono Sur recelosas del manejo que el gobierno catalán en el exilio hacía de esos fondos, apuntando, sobre todo, a un uso partidario de la solidaridad.

Conforme las comunicaciones se restablecían y miles de cartas comenzaban a inundar las sedes del Casal de Catalunya de Buenos Aires, del Comité Llibertat y mientras llegaban a las redacciones de *Catalunya o Ressorgiment* las noticias sobre la situación crítica de los compatriotas en Francia, se comenzó a pensar en la creación de un nuevo comité de ayuda en la Argentina. Así en noviembre de 1945, catalanes de la vieja emigración con larga experiencia en este tipo de proyectos (Ros i Segura, Pere Seras, Nadal i Mallol, etc.) y “recién llegados” (Joan Cuatrecasas, Pere Cerezo, Manuel Serra i Moret, Sara Llorenç, César Jordana, Pere Más i Perera, Joan Merli, Margarida Xirgú, entre otros), buena parte de las entidades más representativas de la colonia (en especial la CC de Argentina y el Casal de Catalunya, a las que se sumaron el Comité Llibertat, Hora Catalana, *Ressorgiment*, *Catalunya*, la Societat Catalana d’Estudis Polítics, Economics i Socials de Buenos Aires, el Casal Catalá de Córdoba y el Centre Catalá de Rosario) y catalanes a título individual, y también argentinos, crearon el Comité Pro Refugiats a França, que

funcionó en la sede del Casal de Catalunya de Buenos Aires²⁹ en Chacabuco 863. Este Comité siguió en funciones hasta finales de los años 1940, aunque en adecuación a la legislación nacional, en abril de 1947 se disolvió y sus fondos y funciones “patrióticas” y “filantrópicas” fueron absorbidas por la sección permanente de Asistencia Social del Casal de Catalunya, integrada por entonces por Lluís Vila, Joana Vila Creus, Enric Rodó, Pere Seras, Josep Vila Creus, Joan B. Prat-Argemí y J. Llombart.

En paralelo, poniendo de relieve las tensiones al interior de la colonia catalana de la Argentina; en junio de 1946, otro grupo de catalanes formó el Comité d’Unitat Catalana, que conjugó el apoyo a la vía legalista de Josep Tarradellas dentro de ERC –frente a la vía autodeterminista que durante la Segunda Guerra Mundial había estado representada por el Consell Nacional de Catalunya de Londres (Carles Pi i Sunyer), con apoyo de los sectores independentistas –; con la divulgación de la cultura catalana y el auxilio a los compatriotas de Francia. Durante la segunda mitad de los años 1940, el Comité d’Unitat fue presidido por dos viejos residentes y figuras claves del Casal de Catalunya, Jaume Lloró y Antoni Masip y contó con la adhesión de un conspicuo exiliado, Josep Santaló (sobrino de Miquel Santaló y delegado del Presidente Irla) (*Catalunya*, juliol 1946). El Comité abierto a la colaboración con los republicanos españoles, estaba próximo a los comunistas catalanes de Joan Comorera. Al interior del Comité, rápidamente se organizó la Comissió d’Ajut als Catalans Residents a França Afectats per la Guerra, también con fuerte participación femenina. Con sede en calle Lima 733, esa Comissió d’Ajut actuó de manera coordinada con el Servei d’Ajut de la Generalitat (dirigido por Joan Tauler), creado en París ese mismo año con el propósito de recibir, distribuir e intensificar las diferentes formas de ayuda.

Como hemos reseñado para las coyunturas de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial; también aho a la posibilidad de que la ayuda llegara a destino dependía de un conjunto de actores, algunos ubicados en América y otros en Europa. Nuevamente la Generalitat intentó ocupar un lugar destacado, aunque no siempre las entidades culturales o patrióticas preexistentes o los comités de ayuda creados *ad hoc* en el Cono Sur recibieron con agrado este intento de coordinación. En no pocos casos, la dispersión de la ayuda –por la multiplicación de los comités– y las disputas en torno a la asistencia sólo pueden entenderse en el cruce de ciertas lógicas políticas transnacionales y de los afanes personales o sectoriales por el control de las instituciones nucleares de la colonia de un determinado país.

La correspondencia³⁰ intercambiada desde mediados de 1948 y principios de 1949 por Joan Tauler, Víctor Torres (Secretario general del Presidente Irla) y las autoridades del Casal de Catalunya de Buenos Aires (Vicepresidente Isidre Palmade y Secretario, Lluís Ros i Segura) son un claro reflejo de estas tensiones. Por un lado, resulta evidente que tras la organización de un *Servei d’Ajut* en París, el gobierno catalán en el exilio pretendía centralizar la recepción de las expediciones para luego repartir el cargamento. Asimismo, se pone de relieve que esa distribución como mínimo provocaba recelos entre los del Casal, que creían que las recomendaciones de no envíos a ciertas instituciones – por caso los casales de Montauban y Perpignán – reflejaba menos la preocupación del gobierno porque la ayuda no llegara a destino, que una clara discrecionalidad política y un voto de censura hacia las fuerzas que controlaban esas entidades culturales del sur de Francia. En segundo lugar, no es menos cierto que la institución de referencia en Buenos Aires para la Generalitat era por entonces el *Comité d’Unitat* y su *Comissió d’Ajut* y pretendía que el Casal, que había enfrentado dificultades concretas con la burocracia aduanera argentina, hiciera

envíos conjuntos con aquel, usando una logística ya probada. Sin embargo, para los del Casal y para sectores independentistas como Pere Seras o Hipòlit Nadal i Mallol, la opción de que las gestiones las realizara la Comisión Española de Ayuda (y su Secretaria Rosalía Martín) con el delegado del gobierno de la República Española en Buenos Aires, Señor López Bagó, era poco menos que una traición a Cataluña.³¹

Tras el triunfo aliado, la situación de los catalanes no sólo era dramática por la carestía de la vida y la crisis que vivía la Francia desbastada por la guerra, sino por las profundas marcas que muchos llevaban en sus cuerpos: desnutrición, falta de calzado, vestido y mantas, enfermedades crónicas, invalidez. En ese contexto, las ayudas que se formalizaron desde Buenos Aires tuvieron dos propósitos. Por un lado, intentar paliar las carencias estructurales (alimentos hipercalóricos, café para trueque, ropa, dinero en efectivo). Por el otro, morigerar la pobreza en coyunturas específicas (inviernos, Navidad, en particular para que los niños disfrutaran de un trozo de chocolate o de un juguete que le hiciera olvidar por un momento la guerra y las privaciones (carta de A. Mayoral, Casal de Montabaun, 10/11/1948). La situación parecía no mejorar y la llegada de catalanes a Francia tampoco se detenía. El final de la Segunda Guerra Mundial hizo que algunas mujeres y niños catalanes intentaran reunirse –huyendo por las montañas, cruzando clandestinamente la frontera – con el jefe de familia refugiado en Francia desde hacía años. Un albañil residente de Niza solicitaba al Casal de Catalunya de Buenos Aires que atendiera a su desesperación de no poder ofrecer comida ni vestido a mujer y tres hijos de 15, 12 y 9 años que acababan de llegar con lo puesto (Carta de L. Robles, 4/2/1947).

Más allá de los centenares de pedidos que recibían las instituciones catalanas de Buenos Aires y los que la prensa étnica difundía (*Ressorgiment* tuvo una política sistemática en este sentido), que la ayuda llegara a Francia dependía de varios factores. En principio,

conseguir la autorización de salida y los permisos de exportación, esto es, cumplimentar todos los trámites de inscripción y registro que demandaba el gobierno argentino. En segundo lugar, ordenar los miles de pedidos de ayuda, confeccionado, chequeando y confrontando listas de beneficiarios, elaboradas por diferentes actores. Las entidades solían recibir cartas a título individual, escritas a mano o mecanografiadas y, a veces, en formato tipo, posiblemente redactadas para quien estaba enfermo o era analfabeto (cartas de Joan Perot, 10/3/1947, José Martorell Pons, 20/2/1947, Pedro Torras Faro, 20/2/1947, internados en el Hospital de Saint Jean, Perpignan); cartas de particulares con pedidos colectivos (carta de Florenci Guix y un centenar de catalanes de Berga al Comité Pro Refugiats de Buenos Aires, Prades, 22/12/1946), cartas de entidades homólogas en Francia (carta de A. Mayoral, Presidente de la Societé Amicale dels Catalans de Montauban al Casal Català de Buenos Aires, 10/11/1948), listados elaborados por partidos políticos en el exilio en Francia (Estat Català, con nombres de enfermos y heridos de guerra, s.f.) y otros confeccionados por la Generalitat (carta de Joan Tauler a Isidre Palmade y Lluís Ros, París, 22/1/1949). A veces los catalanes de Argentina procesaban solicitudes muy concretas con especificación de talle de la ropa, número de calzado y sexo de los integrantes de la familia. Pero otras simplemente tenían el nombre y la dirección de quien requería auxilio y en ocasiones su ocupación (agricultor, albañil, mecánico electricista). En algunos casos, las cartas apelaban a movilizar la sensibilidad incluyendo no sólo una descripción pormenorizada del drama personal o familiar (embarazos, niños pequeños, anemia, tuberculosis, mutilaciones, herido de guerra), sino incluso la foto de los niños de la familia (carta de Sr. Pujol al Comité Pro Refugiats de Buenos Aires, Carcassone, 21/6/1947). Cada catalán sabía que competía con miles de otras demandas y que la fuerza de la imagen

del sufrimiento que lograra transmitir podía ser clave para torcer la suerte de su familia:

“Soy un exiliado político residente en Francia. Hasta 1943 gozaba de buena salud y si bien las atribuciones eran muchas, mi cuerpo sano las iba sobrellevando. Enfermo de pulmonía y cerca de la muerte, me fui reponiendo pero por escasez de alimentos motivada por la guerra que entonces se batía en pleno, mi organismo cogió una anemia que aún no he podido sacarme de encima. Es decir que desde 1943 no he gozado ya más de salud. A pesar de todo podía seguir trabajando día sí, día no. Pero el 12 de mayo pasado (ahora serán siete meses) tuve un ataque al corazón que me dejó muy mal parado, teniendo que ingresar en el hospital civil de Perpignán donde ahora estoy siguiendo tratamiento” (carta manuscrita de Josep Martorell Pons, Arles sur Tech, 9/12/1946. La traducción es mía).

“La preservé (su hija Marie-Rose, 4 años) tanto como he podido de las miserias de la guerra, pero la Paz no me ha dado aún un alimento sano y nutritivo. Todo aún es más difícil y yo no quería en ella un recorte de su físico sobre todo en su infancia carente de todo. ¿Podéis ayudarla en la alimentación?! Yo quisiera alimentos naturales y sanos: arroz, cacao, harina de trigo” (carta manuscrita del Sr. Pujol, Carcassone, 21/6/1947. La traducción es mía).

Los sentidos de la ayuda: ¿imperativo patriótico, deber humanitario, compromiso familiar o bandera política? A manera de cierre

“Ayuda”, “asistencia”, “socorro”, “auxilio”, “caridad”, “beneficencia” fueron las palabras más usadas entre los catalanes de ambos lados del Atlántico en más de una década (1937- 1949) y a lo largo de un encadenamiento de conflictos violentos que los tuvieron como protagonistas (golpe de Estado, Guerra Civil, revolución, exilio, Guerra Mundial, deportación), y en los que ensayaron diferentes repertorios solidarios que obedecían a maneras disímiles (y a veces encontradas) de entender la acción colectiva en (y hacia) un “continente desgarrado por una guerra civil”.³²

El estudio de las formas de ayuda, sus beneficiarios preferenciales en los diferentes momentos de la “guerra civil europea”³³ y de sus efectos sobre el entramado asociativo catalán existente en Chile y Argentina, su refuncionalización o la aparición de comisiones *ad hoc* orientadas al fin específico del auxilio a los catalanes afectados por la Guerra Civil española y tras su salida forzada a Francia, por los avatares de la segunda conflagración mundial; resulta un escenario adecuado para reflexionar sobre la solidaridad (y sus sentidos) antes de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y de que la lógica del humanitarismo dominara el mundo (post década 1970). Consideramos que en algunos de los debates que se vivieron en las colonias de la expatriación catalana de los países del Cono Sur se expresan diferentes dispositivos ideológicos en torno a la ayuda y a la solidaridad, que, aunque no nos resultan ajenos, representan una sensibilidad menos centrada en las “víctimas” que en los “patriotas”, los “héroes”, los “mártires por una causa” y los “derrotados”.

Al explorar los motores de la ayuda, esto es, los argumentos esgrimidos para convocar el compromiso societal o enunciados por quienes se volcaban a movilizar las energías solidarias (desde la prensa étnica, desde la acción individual, desde la creación de comisiones, etc.), se observa el predominio del “patriotismo”, la referencia a la “hermandad” de sangre, lengua y cultura, a la necesidad de ir en rescate de aquellos “mártires del pensamiento” que eran parte del “patrimonio espiritual de Cataluña” (en referencia a la intelectualidad amenazada o exiliada), a contribuir con la “causa de Cataluña”, a su libertad y supervivencia. De hecho, el reclamo de “ser solidario con” fue construido inicialmente apelando a la sensibilidad de los catalanes de América por aquellos integrantes de su propia familia residente en Cataluña/Francia y en forma más amplia hacia amigos y conocidos.

Bien es cierto que el avance nacional en la Península, obligó en varias ocasiones a reconsiderar los dispositivos ideológicos tendientes a construir el compromiso de los catalanes de América. En principio, y cuando Cataluña no tenía frentes de batalla interiores, la ayuda hacia los refugiados de otras regiones fue postulada por “humanidad y por simpatía con la causa de la libertad”. En ese contexto, el auxilio a las “víctimas inocentes” (en particular mujeres, niños y viejos”) se pensó como una forma de mostrar a los “hermanos de allá que sus necesidades generan nuestra simpatía y solidaridad”. Sin embargo, a tenor de la línea catalanista de *Ressorgiment*, Nadal i Mallol dejaba en claro que si los fascistas invadían Cataluña, entonces iba a comenzar la “verdadera guerra” y entonces se impondría “cumplir con nuestras obligaciones como catalanes”, y se daría inicio a la “hora del verdadero sacrificio” y de las “privaciones”. Queda claro que si en relación a los españoles de otras regiones había un compromiso amplio por su pertenencia al género humano y por su condición de “víctimas” de las “calamidades” de la guerra; con relación a los catalanes, las acciones tendientes a aliviar su sufrimiento obedecían a otros fundamentos: humanitarismo (dimensión genérica, sentimiento de compasión hacia la humanidad en su conjunto)³⁴ e identificación con los principios republicanos o más bien con la causa de la libertad contra el fascismo, pero sobre todo patriotismo. En esa misma línea, ante el éxodo masivo a Francia y en las penurias de los campos de internamiento, la solidaridad de los catalanes de América se apoyó (o debía apoyarse) en dos pilares. Por un lado, mostrar que no se habían perdido los “lazos de sangre” que los unían con Cataluña, más allá de cuánto hubieran estado fuera de la Patria. Por el otro, reconocer el “sacrificio” de los combatientes durante la Guerra Civil en la que no dudaron en dar su “vida por el bienestar y el engrandecimiento de la Patria”, y el que aún realizaban en “servicio de la causa de Cataluña” en el exilio o la resistencia.

Si las privaciones, las penurias y los sufrimientos estuvieron a la orden del día en los pedidos de los afectados, en los reclamos de las asociaciones y en la motivación de los donantes, el discurso de la ayuda tuvo una fuerte marca político-ideológica ligada a la matriz de lo patriótico. En ese contexto podemos comprender relatos como el de JBV –publicado por *Noticiari Català* de Chile, 15/2/1940 –que rescataba la “fuerza moral” de los recluidos en los campos franceses, que tras ver como su vida se alargaba en ellos y sin opciones de ser evacuados a terceros países, desplegaron múltiples iniciativas culturales (dictado de cursos de matemática o gramática, conferencias de física, química e historia, clases de alfabetización, concursos de poesía, representaciones teatrales, etc.), testimonios de su afán de superación intelectual y de su compromiso patriótico.

Tras el triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial, los catalanes de América volvían a insistir en la urgencia de la “tarea humanitaria”, pero sobre todo en cumplir con el “deber patriótico” con los miles de catalanes que estaban en Francia y que no habían podido huir de las garras del nazismo. Sin dejar de describir sus penurias y necesidades, apelaban a renovar el compromiso de los catalanes de América con sus compatriotas en Francia por su condición de “soldados de la libertad”. En tal sentido, el auxilio que podían brindar era sólo una “compensación” por el esfuerzo realizado por aquellos. En un editorial titulado “Significat patriòtic de l’ajut als catalans a França”, Frederic Margarit desde Chile afirmaba:

“La Patria no recobrará su libertad sin el esfuerzo de sus hijos y hoy se ve que junto con los catalanes de dentro, son los exiliados en Francia los que más esfuerzos están haciendo en servicio de la causa de Cataluña. Los ausentes de la Patria la mejor tarea que podemos hacer en pos de esa libertad es la ayuda a los refugiados en Francia” (*Noticiari Català*, 15/6/1946. La traducción es mía).

“¡Por Patriotismo! ¡Por Humanidad!”. Así repetían las convocatorias de las entidades de América en pos del auxilio de los hermanos en peligro en el Viejo Continente. La gravedad de la situación era visible, las demandas innumerables y la dimensión de la tragedia parecía multiplicarse. Sin embargo, la coordinación horizontal y las disputas estuvieron a la orden del día.

Si en buena medida los catalanes de Chile y Argentina entendían que existía un “imperativo patriótico” sustentado en “la preocupación por el bien común”, en la compasión por “el dolor del otro” y sobre todo en el compromiso, con “el padecimiento de la gente de la misma sangre que la nuestra y de la misma Patria” (*Ressorgiment*, diciembre 1946); la ayuda y sus paternidades no hicieron sino poner de relieve una serie de tensiones y conflictos que excedían en mucho la tragedia que se estaba viviendo.

No faltaron el individualismo y el afán de protagonismo que derivó en la falta de unidad y coordinación en el auxilio y en la multiplicación de comités. No fueron ajenos los debates acerca de por qué luchaban los catalanes (derrota de Franco, lucha contra el fascismo, la opresión en todas sus formas); cuál era el lugar de Cataluña en el escenario político español (autonomía, independencia, federación, confederación de nacionalidades ibéricas) y qué significaba conseguir la libertad del país en un mundo que marchaba hacia la caída de los fascismos y el respeto de la autodeterminación de los pueblos. Tampoco faltaron los conflictos político-partidarios heredados de los avatares de los gobiernos frentepopulistas de la Segunda República y la Guerra Civil española; o derivados de la debilidad del gobierno catalán en el exilio durante la ocupación de Francia, la constitución del Consell Nacional Català de Londres, las disputas al interior de la fuerza política mayoritaria (ERC y las líneas Pi i Sunyer-Tarradellas) y la formación del efímero gobierno de Josep Irla.

En definitiva, más allá de los dispositivos activados para sensibilizar y movilizar a las colonias catalanes del Cono Sur, la ayuda patriótica y humanitaria, preocupada por el drama que vivían los hermanos que combatían por la libertad y sufrían en la retaguardia, los frentes de batalla en la Guerra Civil, los campos de internamiento franceses o de concentración nazi e incluso en el desamparo del exilio americano, no pudo quedar ajena a la política. Y no sólo a la política partidaria, el interés sectorial y la afinidad ideológica, sino también a las disputas por espacios de poder al interior de las asociaciones étnicas, ligadas tanto a la búsqueda de prestigio social y reconocimiento local, como a altas cuestiones de política patriótica catalana, por fuera de los partidos.

Notas

* Doctora en Historia. Profesora de Historia de la Historiografía y Metodología de la Investigación Histórica en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca) e investigadora de CONICET.

E-mail: sjensen@criba.edu.ar

¹ ROVIRA i VIRGILI, A. **Els darrers dies de la Catalunya republicana**. Memòries sobre l'èxode català. Barcelona: La Mata de Jonc, 1976. p. 123.

² DREYFUS-ARMAND, G. L'exili republicà i la seva significació dins del segle de les catàstrofes. In: FONT AGULLÓ, J. (Dir.). **Reflexionat l'exili**. Aproximació a l'exili republicà: entre la historia, l'art i el testimoniatge. Barcelona: Afers, 2010. pp. 27-45, p. 31.

³ GUANSÉ, D. Records del Centre Català. In: **Germanor**. Revista dels catalans de Xile, ano XLV, n° 591, 1956.

⁴ Casal Català de Buenos Aires. **Actas de la Asamblea**, 28/2/1937.

⁵ El Comité Llibertat fue fundado en 1922 y funcionó como brazo político del Casal Català de Buenos Aires. Para mayor información, véase BACARDÍ, M. **Catalans a Buenos Aires**. Records de Fivaller Seras. Lleida: Pagés Editors, 2009.

⁶ Revista quincenal dirigida por Frederic Margarit y que se publicó en Santiago entre 1936 y 1955. Se incorporó a la Agrupación Patriótica Catalana en 1941. Su director llegó a Chile en 1906 y fue uno de los socios fundadores del Centre Català y de la Mutual Catalana de Santiago. Colaborador activo de *Germanor*, durante la Guerra Civil

fue nombrado delegado de la Generalitat, cargo idéntico al que desempeñó en Argentina el director de *Ressorgiment*, con quien mantenía una rica correspondencia. Durante la Guerra Civil, también estuvo ligado al Comité Llibertat de Santiago de Chile.

⁷ Puede seguirse el tratamiento del tema en los números de *Ressorgiment* correspondientes a marzo y diciembre de 1938 y enero de 1939.

⁸ Centre Català de Rosario. **Actas del Consejo Directivo**, 7/10/1938.

⁹ La parálisis del Centre no fue óbice para que otro grupo de catalanes de Santiago a impulso del Comité Llibertat de Buenos Aires creara una filial en la capital chilena que se posicionó rápidamente en la organización de la ayuda.

¹⁰ Estaba integrada por varias asociaciones catalanas anteriores al arribo de los exiliados de la Guerra Civil: Centre Català, Casal Català, *Germanor*, L'Hora Catalana, Comité Patriòtic y Comité Llibertat.

¹¹ Centre Català de Buenos Aires. **Actas del Consejo Directivo**, 1/9/1938.

¹² Centre Català de Buenos Aires. **Actas del Consejo Directivo**, 26/1/1939

¹³ Centre Català de Buenos Aires. **Actas del Consejo Directivo**, 19/5/1939.

¹⁴ Centre Català de Buenos Aires. **Actas del Consejo Directivo**, 13/2/1938.

¹⁵ Casal Català de Buenos Aires. **Actas de la Asamblea**, 5/2/1938.

¹⁶ La publicación de los donativos, muchas veces con nombres propios y consignando el monto de dinero o la cantidad de alimentos o ropa recibida, pretendía generar un efecto multiplicador. Por eso, *Ressorgiment* abrió en 1938 una sección destinada a registrar donaciones importantes recibidas por las asociaciones de la colonia. Entre las historias conmovedoras de solidaridad, la publicación de Nadal i Mallo registró la de tres niños que “enviaron un óbolo a favor de los huérfanos en Cataluña, Patria de su abuela”. El dinero había servido para comprar equipos de ropa y leche condensada.

¹⁷ Merecen destacarse la secciones “Epistolari de guerra” y “Epistolari de posguerra” publicadas por *Ressorgiment* entre septiembre de 1938 y finales de 1939, escritas por la exiliada – argentina de nacimiento – Sara Llorens, esposa de Manuel Serra i Moret, ex Conseller de Economía del gobierno Lluís Companys, que también residió por unos años en la Argentina.

¹⁸ Estos eran algunos de los calificativos que según *Germanor* se podían leer en la prensa chilena entre julio y septiembre de 1939.

¹⁹ Más allá de los que viajaron en la expedición organizada por el escritor Pablo Neruda, fueron muy pocos los catalanes que pudieron entrar a Chile en los meses inmediatos al final de la Guerra Civil, con ayudas oficiales o de asociaciones humanitarias que financiaron sus pasajes en barcos como el *Órbita*, el *Reina del Pacífico*, el *Juan de Garay* o el *Formosa* o los que lo hicieron en forma individual, escalonada, en los años 1940, con sus propios recursos o sirviéndose de las cartas de llamada de familiares o de contactos profesionales o de amistad previos.

²⁰ En septiembre de 1939, *Ressorgiment* de Buenos Aires elogió las diferentes iniciativas de los catalanes de Chile a favor de los compatriotas catalanes que sufrieron la Guerra Civil y volvió a felicitarlos por el inminente arribo del *Winnipeg* al puerto de Valparaíso

²¹ Según publicaba la prensa chilena, en el *Winnipeg* viajaron 2.200 pasajeros, de los cuales 600 (casi el 25 %) eran catalanes.

²² Resulta interesante observar cómo las comunidades catalanas de Chile y Argentina actuaban de forma coordinada y/o se requerían mutuamente cuando la ayuda parecía

bloquearse por personalismos y apetencias políticas. En junio de 1939, desde *Germanor* se criticaba a la Argentina por su “individualismo”, “falta de unidad” y escaso compromiso en la ayuda a la evacuación de intelectuales. Chile tenía una política inmigratoria más receptiva, pero eso no incluía a escritores y profesionales liberales. Además la colonia catalana trasandina era pequeña y requería que los países de América apoyaran con cuantiosos recursos iniciativas como la de traer a un grupo de intelectuales. Por su parte, en mayo de 1939, *Catalunya* de Buenos Aires celebraba el impulso del Centre Català de Santiago que, bajo la presidencia de Claudi Más i Perera, había conseguido que un número de escritores pudieran radicarse en el país y reclamaba a los catalanes porteños que siguiendo el ejemplo de Bruselas, Tolouse, México y La Habana recogieran dinero para salvar a la cultura catalana.

²³ Catalanes anónimos que que estaban alojados en los campos y que hacían llegar sus impresiones en artículos periodísticos o en cartas personales que eran reproducidas por la prensa étnica de la Argentina. También informes de los delegados o representantes de las asociaciones catalono-argentinas en el sur de Francia que completaban el espectro informativo que servía para definir las políticas de asistencia.

²⁴ Desde la colonia no dejó de criticarse la inacción del gobierno catalán en el exilio, que a diferencia del vasco, no había logrado la autorización para la migración de connacionales al país. Ramón Escarrá desde *Catalunya* (febrero 1940) exaltaba las gestiones extraoficiales del gobierno de Aguirre frente a las autoridades argentinas – proceso largo y complejo que implicó la “interposición de buenos oficios” y de una “fina política de relación, reivindicación y acercamiento”, que había dado su fruto: el gobierno autorizó el ingreso de “familias vascas de España o de Francia, aunque no tuviesen legalizados sus documentos y siempre que su honorabilidad fuese garantizada por el Comité de Ayuda a los Vascos” de Buenos Aires.

²⁵ El 3 de enero de 1940 y tras desembarcar en el puerto de Buenos Aires en el *Florida*, Benguerel, Jordana, Trabal, Guansé y Oliver partían desde la estación de trenes del Pacífico rumbo a Mendoza y de allí a Santiago de Chile. Varias entidades catalanas porteñas y una representación de la revista *Catalunya* se acercaron a despedirlos. Girona-Ribera, Macaya, Giménez, Merli, Dameson y Madrid entregaron a cada uno de estos intelectuales, cuyos “rostros tenían las señales indelebles de las durísimas privaciones sufridas en esta larga e involuntaria peregrinación”, un ejemplar de *Catalunya* y otro de “Sense retorn”.

²⁶ Se editó entre 1944 y 1953 y pertenecía a la órbita de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC).

²⁷ Recordemos que el Comité Femení d’Ajut ya venía funcionando en el Centre Català de Santiago de Chile.

²⁸ Presidido por Josep Irla, quedó integrado en septiembre de 1945 por Pompeu Fabra, Antoni Rovira i Virgili, Carles Pi i Sunyer, Joan Comorera, Josep Carner y Josep Xirau.

²⁹ Recordemos que una de las secciones del Casal de Catalunya de Buenos Aires, el Orfeó, enviaba semanalmente centenares de paquetes a sus compatriotas de Francia.

³⁰ Nos referimos a un conjunto de cartas inéditas algunas mecanografiadas y otras manuscritas, que además de las mencionadas, incluyen pedidos de ayuda de particulares o de entidades catalanas del sur de Francia dirigidas al Casal de Catalunya de Buenos Aires y correspondientes al período 1946-1949.

³¹ Esta disputa ya había tenido su marca en la prensa étnica. Nadal i Mallol usó la editorial de *Ressorgiment* (diciembre 1946) para disputar la paternidad en la creación del Comité Pro Refugiats y para acusar al Comité d'Unitat de haber politizado la ayuda.

³² TRAVERSO, E. **A sangre y fuego**. De la guerra civil europea, 1914-1945. Buenos Aires: Prometeo, 2009. p. 37.

³³ Traverso retoma la noción de “guerra civil” de Hobsbawm y Furet para referirse a la crisis europea entre 1914 y 1945. TRAVERSO, E. op. cit., p. 36.

³⁴ En el sentido de la acción de la Cruz Roja.